

* * *

Y callad también vosotros, voceadores del rey! Tenéis sangre sobre la conciencia. No recordáis más el "Terror blanco".

1815. — Derrocado el imperio. Vivido por la espada, feneció por la espada. El rey y su camarilla vuelven en Francia, sedientos de venganza. Fouché, el camaleón, compiló una lista de víctimas y no olvidó ninguno de sus... amigos. El mismo Talleyrand encontró "demasiados inocentes".

Fusilados el coronel Lahédoyéve, el mariscal Ney y otros oficiales del imperio. Asesinados el general Brune en Avignon, el general Lagarde en Nimes, el general Ramel en Tolosa. Asesinados también los guardias nacionales en la Vandea. "Hierros, verdugos, suplicios", he ahí lo que le ocurría a los realistas (y hoy?) Tuviéron también saqueo las armerías, ultimó a desgraciados mamelucos que Bonaparte había conducido del Egipto. En Nimes, realistas y católicos degollaban bonapartistas y protestantes. Las devotas de Nimes se arman de bastones de hierro con la punta a flor de lis (la flor del rey) y golpean — oh Pichon — a los protestantes hasta sangrar. Homicidios, robos, saqueos, bandas de bandidos cazan al hombre, tribunales de guerra presididos por un coronel y juzgados a tambor batiente y sin apelación ni recurso en gracia — he ahí el "Terror blanco" viejo delicto quedado impune.

1830. — Nueva revolución burguesa. En París, diez mil insurgentes.

Cuando paséis por la plaza de la Bastilla no olvidéis que bajo la columna de Julio yacen los huesos de quinientos muertos de las "Tres gloriosas". Las "Tres gloriosas!" La burguesía llama así a las tres jornadas del 27, 28, 29 de Julio de 1830, porque derribaron al rey de los emigrados y llevaron sobre el trono al "rey de los burgueses".

Si en tres símiles jornadas se instaura hoy, el gobierno del Trabajo, nuestros burgueses la llamarían las "tres odiosas".

Todo aquello que favorezca la propiedad es "glorioso". Todo aquello que favorezca la ascensión del trabajador a la propiedad y a la libertad es "odioso".

* * *

El nacimiento de la Segunda República (1848) costó solamente 400 muertos. La burguesía se rehizo en las jornadas de Junio: 3600 muertos.

Se recuerdan los hechos, "las oficinas nacionales sabotadas, luego cerradas, la dura desocupación, los cortejos obreros, sin armas atravesando París y repitiendo la triste melopea: "¡o pan o plomo! ¡o plomo o trabajo!". Es el ejército del hambre, estalla la guerra social, por-

que la burguesía tiene miedo. La burguesía llama el ejército en su ayuda: 40.000 hombres. Da la "dictadura" al general Cavaignac, suspende las libertades, proclama el estado de sitio (cinchado del militar y de la fuerza bruta, sin ley ni garantía). Una vez más tira sobre el pueblo, ella fusila hasta a los viejos, a los niños, a los prisioneros. Los heridos son arrancados de las camas y ultimados a sablazos. A tiro de cañón, la burguesía dispara sobre los obreros! Represión atroz: aprenderán así a ser pobres y a tener hambre, estos "rojos". 12.000 ciudadanos arrestados, golpeados, amontonados en las cárceles hasta sofocar; 3000 deportados en Africa o condenados a trabajos forzados por los consejos de guerra. Terminada la "guerra" el ministro Cavaignac lanza una proclama que es un monumento levantado al cinismo burgués. "Soldados, la causa sagrada de la República ha triunfado!" (La burguesía ha confundido siempre la república con sus privilegios). "En nombre de la Patria (la patria es la burguesía) bendito seáis por este triunfo necesario".

Pero Lamennais encuentra en su corazón el grito célebre: "¡Callen los pobres!"

* * *

¡Callen los pobres! Es el grito de la burguesía bonapartista, oportunista del golpe de Estado del 2 de Diciembre de 1852. 500 muertos en París. En las provincias, una despiadada represión de los movimientos republicanos. 32 departamentos en estado de sitio. Se organiza la caza en grande; arrestos en masa (más de 100.000 habitantes). Se hacen tantos prisioneros que no se sabe dónde ponerlos. Espías en todas partes. "La mitad de Francia denuncia a la otra mitad", dice George Sand. Los "sospechosos" son juzgados en secreto, sin testigos ni defensa por las famosas "Comisiones mixtas" compuesta por un prefecto, un general y un juez. 15.000 condenados, 10.000 deportados en Cayena o en Lambesa. 3000 encarcelados.

¡Superados, los bolschevikis!

* * *

"¡Callen los pobres!" es el grito de la burguesía industrial y dominante bajo el imperio así como bajo la Tercera República; en Aubin y en Ricamarie (24 mineros muertos por Napoleón) en Fourmies (tiros de fusil del 1º de Mayo de 1891) en la Martinica, en Dravel, en Villeneuve-Saint-Georges...

"¡Callen los pobres!" es el grito de la burguesía versallesa en la Comuna de París. ¡De 30 a 40.000 muertos! Nunca más horrible violencia deshonrará a la humanidad, sino la guerra inexpiable, de la cual Europa sale despedazada. Y son los descendientes de los versalleses quienes se atreven hoy a hablar de "violencia".

Pero la violencia — y la peor — está en ellos, en su gobiernos, en su riquezas, en sus diarios, en la vida cruel que imponen a millones de trabajadores de la tierra, del mar, de la usina y del arte.

¡Callen los violentos! ¡Callen en todos los

PIERRE BRIZÓN.

NAVIDAD

Este artículo de Gorki forma parte de la campaña polémica que el escritor ruso sostuvo contra los bolschevikis, desde Junio de 1917 hasta Junio de 1918, en su diario: *Novaja Ghisn*.

Gorki vió en la Revolución, en ese primer periodo, una excitación de tendencias egoístas, que, sobreponiéndose, estaban por hacer peligrar las instituciones de la cultura y el porvenir de Rusia.

La clase misma se fraccionaba: los peones entraban en conflicto con los obreros calificados; encerrándose en su materialidad, el proletariado se vela condenado a la impotencia, con el fracaso de su experimento. Las consecuencias de este fracaso hubieran repercutido por un periodo de décadas, ya que la única fuerza progresiva en Rusia ha sido y queda el proletariado y éste, después de un esfuerzo sobrehumano, habría caído derrotado impotente frente al nuevo avance de todas las elementos más oscuros.

Gorki entonces combatió con todas sus fuerzas por más de un año la política de los bolschevikis.

Pero poco a poco la práctica del nuevo régimen comunista le reveló, bajo las contradicciones exteriores y las manifestaciones violentas, un conjunto de una nueva sociedad superior, un soplo de espíritu creador que renovaba las instituciones, que en la soberbia de sus fuerzas no se arrestaba frente a ningún obstáculo.

En ningún periodo, como en el de la revolución, la cultura se difundió tanto, no obstante las dificultades de los medios y las preocupaciones materiales que tenían ocupada la masa.

No debe causar maravilla entonces si Gorki, gradualmente deponiendo las prevenciones, se haya por fin reconciliado con el gobierno comunista.

Es suficiente haber leído, para notar este progreso gradual de Gorki, la simbólica novelita *Lamparitas*, que hemos reproducido en el número anterior, y salta a la vista la diferencia de criterio que inspiraba a Gorki en Diciembre del 1917 y en Junio del 1918.

Gorki, si en el primer periodo, no pudiendo eludir quizás esa exterioridad individualista propia de los literatos, ha caído en una cierta prevención hacia las manifestaciones de la nueva

países los verdugos de los pueblos! Tienen la palabra los "pobres" que tanto han sufrido, la revolución que matará la guerra, la violencia y la miseria, arrancando a los parásitos sus privilegios y a los salvajes sus armas.

sociedad, ha vuelto a encontrar enseguida el camino, ha comprendido el significado casi religioso del periodo que se ha iniciado; su naturaleza proletaria lo ha salvado.

Y su arte, que en los años que precedieron a la revolución habiase casi adormecido y había caído en la monotonía, al contacto de la realidad revolucionaria vuelve a encontrar palabras de verdad tan sentida, que Merekowski, su crítico de ayer, lo coloca hoy al lado de Tolstoy y de Dostoiewsky.

Si; nosotros atravesamos una tempestad de las más oscuras pasiones. El pasado ha abierto su abismo más profundo y nos muestra cuán espontáneamente deforme es el hombre: en torno nuestro ruge la tempestad de apetitos, de odios, de venganza: el animal furioso por largo apasionamiento, atormentado por dolores seculares, ha abierto furiosamente sus fauces, ávido de venganza.

Todo lo vulgar y odioso que existe sobre la tierra es factura nuestra y viene creado por nosotros: todo lo bello y razonable a que aspiramos vive en nosotros.

El esclavo de ayer ve, hoy, mordiendo el polvo, a su patrón, impotente, abatido: espectáculo de grandísimo placer para el esclavo que aun no conoce el digno y humano placer de la liberación de todo el odio hacia el prójimo. Mas el esclavo aprenderá también a conocer este placer. No vale la pena vivir si no se cree a la fraternidad de todos los hombres: la vida no tiene sentido si no se posee la condición de la victoria del amor.

Cierto que estamos hasta la garganta entre el fango y la sangre: espesas nubes de enfadosa vulgaridad nos envuelven y ciegan a muchos de nosotros: a veces se tiene la impresión que esta vulgaridad llegue a sofocar y matar todos los hermosos sueños forjados en la fatiga y en el dolor, y llegue a apagar todas las antorchas encendidas por nosotros a lo largo del camino de la regeneración.

Peró el hombre queda siempre el hombre y no puede vencer que lo humano: está en esto el gran significado de la vida de todo el universo: esta vida no tiene otro significado.

¿Vamos acaso hacia la ruina?

¡Vale más quemarse entre el fuego de la